

ATAHUALPA Y EL LIBRO*

POR

SABINE G. MAC CORMACK

Universidad de Stanford

Los primeros relatos de la conquista tanto de México como del Perú contienen ciertos episodios claves a los que se les da una particular importancia, porque encierran un significado que va más allá del episodio mismo. La captura de Moctezuma contada por Cortés difiere mucho de lo que sobre el mismo asunto dice Sahagún después de informarse por indígenas treinta años más tarde. Estas divergencias destacan lo que diversos narradores, en diferentes épocas, creen necesario explicar sobre la conquista de México. También en el Perú, la realidad de la conquista, el fin de la civilización inca, inspiró explicaciones diferentes sobre cómo se llevó a cabo. Una serie de estas explicaciones se centra en el encuentro entre el inca Atahualpa, al frente de sus guardias reales, y Pizarro, con las huestes españolas, en la plaza de Cajamarca al atardecer del sábado 16 de noviembre de 1532.

Este encuentro, en sí mismo, se desarrolló sin sutileza. Atahualpa fue llevado a la plaza de Cajamarca en una litera que tenía encrustaciones de oro, precedido por numerosos sirvientes que limpiaban su camino y por otros acompañantes que tocaban música. Mientras tanto, los españoles estaban escondidos en tres edificios que rodeaban la plaza, dando así la impresión al Inca de que tenían miedo o de que estaban listos para rendirse. Acto seguido, el dominico Fray Vicente de Valverde se presentó ante él, le habló y le entregó en mano el libro sagrado que llevaba. Después de mirarlo, Atahualpa dejó caer el libro, por lo cual Valverde hizo una seña acordada anteriormente para que Pizarro y sus hombres atacaran. Algunos de los asaltantes fueron directamente hasta Atahualpa y lo tomaron prisionero. Diez meses después el Inca fue ajusticiado, iniciándose sistemáticamente la conquista de su imperio (1).

* Traducción del inglés de Joaquín Valdés, revisada por Revista de Indias.

(1) John HEMMING, *The Conquest of the Incas*, Londres (1970), p. 38 ff., ofrece una reacción meticulosamente compilada de los hechos.

En todas las primeras relaciones de estos sucesos, la cuestión de cómo menos de 200 españoles fueron capaces de capturar al Inca, rodeado como estaba por todo su ejército, carece de importancia. Durante los años que duró la conquista del Perú, los españoles dieron por sabida su superioridad militar. Al volver a tratar sobre lo que pasó en Cajamarca, los historiadores se centraron en el tema de la legalidad de la conquista y en cómo pudieron los españoles y los andinos comunicarse, dada la inmensa distancia que culturalmente había entre ellos. Al analizar, como haremos aquí, los cambios que hubo sobre este relato con el paso del tiempo y según los diferentes autores, examinaremos no solamente la lógica interna del relato sino también los cambios de preocupaciones de españoles y andinos al principio de la colonia en el Perú. En todas las versiones del relato, el libro que Valverde entregó a Atahualpa resulta una figura central. En diferentes niveles este libro conlleva por una parte la propia definición política y religiosa de los españoles, y por otra parte las diferencias culturales de la gente de los Andes.

1. VERSIONES ESPAÑOLAS DE CRONISTAS TEMPRANOS Y TARDÍOS

Según Cristóbal de Mena, el primer testigo de vista que publica sobre la conquista del Perú, Valverde llevaba cuando se aproxima al Inca

una cruz en la mano, queriendo le dezir las cosas de Dios, le fue a hablar: y le dixo los christianos eran sus amigos: y que el señor governador le quería mucho y que entrasse en su posada a ver le. El cacique respondió que él no passaría mas adelante hasta que le bolviessen los christianos todo lo que le havian tomado... Dexando el fraile aquellas pláticas, con un libro que traya en las manos le emeçó a dezir las cosas de Dios que le convenían: pero él no las quiso tomar: y pidiendo el libro, el padre se lo dio, pensando que lo quería besar: y él lo tomó, y lo echó encima de su gente... y el padre se bolvió luego dando bozes diciendo, salid salid christianos, y venid a estos enemigos perros, que no quieren las cosas de Dios: que me ha echado aquel cacique en el suelo el libro de nuestra santa ley (2).

(2) Edición del texto de Cristóbal de Mena por A. POGO «The Anonymous. La Conquista del Perú (Seville, April 1534) and the Libro ultimo del Sumario delle Indie occidentali (Venice, October 1534)», *Proceedings of the American Academy of Arts and Sciences*. 64 (1928-1930). Para el pasaje citado, p. 242. Una relación más concisa aparece en la carta de Hernando Pizarro a la Audiencia de Santo Domingo, ver *Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú*, III, Lima (1920), pp. 171-172.

Después de lo cual, Pizarro y sus hombres salieron impetuosamente y capturaron a Atahualpa por la fuerza. El suceso que llevó a este acto de guerra lo recoge un grabado en madera en la portada de la obra de Cristóbal de Mena, publicada anónimamente en un libro de pequeño formato en abril de 1534, apareciendo el dominico Valverde, vestido de negro y llevando su cruz, enfrentándose con Atahualpa, que sostiene el libro por encima de su cabeza, dispuesto a tirarlo (figura 1). Tres meses más tarde, el mismo grabado en madera aparece impreso en la portada de la obra de Francisco de Xerez, *Relación verdadera de la conquista del Perú* (3).

Xerez, secretario y defensor leal de Pizarro, presentó un relato más detallado de lo que pasó sobre el libro. Valverde, acercándose a Atahualpa con una cruz en una mano y la biblia en la otra, por medio de un intérprete le dijo:

Yo soy sacerdote de dios, y enseño a los christianos las cosas de Dios, y asimesmo vengo a enseñar a vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro. Y por tanto, de parte de Dios y de los christianos te ruego que seas su amigo... y ve a hablar al Gobernador, que te está esperando. Atabaliba dijo que le diese el libro para verle y el se lo dió cerrado: y no acertando Atabaliba a abrirle, el religiosos estendió el brazo para lo abrir, y Atabaliba con gran desden le dió un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese: y porfiando el mismo a abrirlo, lo abrió; y no maravillandose de las letras ni del papel como otros indios, lo arrojó cinco o seis pasos de si. E a las palabras que el religioso abia dicho... respondió con mucha soberbia, diciendo: «Bien sé que habeis hecho por ese camino, como habeis tratado a mis caciques y tomado la ropa de los bohios.» (4)

Al mencionar a un intérprete, Xerez deseaba enfatizar que Atahualpa había entendido lo que dijo Valverde, y que su rechazo de «las cosas de Dios» pudo considerarse entonces como acto deliberado de desafío. El caso de un indígena del Nuevo Mundo desafiando las «cosas de Dios» era conocido, por lo menos para algunos de sus lectores, ya que juris-

(3) POGO [2], pp. 192-193.

(4) FRANCISCO DE XEREZ, *Verdadera relación de la conquista del PERU*, edición Concepción Bravo, Madrid (1985), p. 111. El pasaje fue recogido por Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, *Historia general y natural de las Indias*, edición José Amador de los Ríos, Madrid (1851-1855), III, 46, 7; de manera semejante, Miguel DE ESTETE, *Noticia del Perú*, in *Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú VIII*, Lima (1924), p. 31: «Admirándose... más de la escritura que de lo escrito en ella... abrió [el libro] y le hojeó, mirando el molde y la orden de él.» Entonces Atahualpa tiró el libro al suelo y exigió la restitución de su propiedad robada.

tas y teólogos habían tratado repetidamente en nombre de la corona de España sobre las razones que podían legitimar la conquista. Una de las razones era el rechazo explícito del cristianismo. Por cédula de 17 de noviembre de 1526 el emperador Carlos V, de acuerdo con ello, ordenaba que no debían emprenderse conquistas sin informar a los indios sobre su libertad de someterse pacíficamente a la cristiandad y a la soberanía de España (5). Efectivamente, en 1512, el jurista Juan López de Palacios Rubios había bosquejado un documento, conocido como «requerimiento», que se presentaría a las naciones que se iban a conquistar, con la opción de la sumisión pacífica y la evangelización, y que debía leerse por los conquistadores «por medio de los intérpretes a los indios y moradores» (6). Todos los historiadores de la conquista del Perú escribieron teniendo en cuenta este precepto, tanto para acusar a los conquistadores de actos ilegales de agresión, como para perdonarles tales actos.

La reacción de Atahualpa ante Valverde ha dado mucho que pensar. Las opiniones varían hasta sobre si el libro que llevaba el fraile era una biblia o un breviario, pero este problema quedó como algo secundario. De todas formas, para los españoles el libro representaba «nuestra sagrada ley». Otra cuestión al margen de la discusión era si la conversación de Valverde con el Inca estuvo de acuerdo con las formalidades que la cédula del emperador consideraba y si fue realmente una completa exhortación para aceptar el cristianismo. En cambio, la reacción de Atahualpa ante el libro de Valverde fue el pretexto fundamental en favor de la solicitud de la conquista.

Como hemos visto, Cristóbal de Mena pensó que Valverde esperaba que el Inca tratara el libro de acuerdo con la costumbre católica: tanto clérigos como laicos, cuando tomaban un libro litúrgico, lo besaban primero. Los historiadores posteriores mantuvieron una versión más pragmática y no esperaban que el Inca mostrara alguna familiaridad con tales detalles ceremoniosos. Así, la discusión se convirtió en leer, oír y escuchar. Por esto, de acuerdo con Xerez, Valverde trató de aclarar al Inca que su conocimiento de Dios venía del libro que llevaba. Otros testigos de este suceso recogieron otros detalles que ellos habían visto. Juan Ruiz de Arce habla de un diálogo. A la exigencia de

(5) Ley incorporada a la *Recopilación de leyes de los reynos de las Indias*, Madrid (1681), formando la ley 1973, I,1,2. A PAGDEN, *The fall of natural man. The American Indian and the origins of comparative ethnology*, Cambridge (1982) p. 50.

(6) Ver Lewis HANKE, «The Requerimiento and its interpreters», *Revista de Historia de America* I, México (1938), 25-34; S. J. GREENBLATT, «Learning to Curse: Aspects of Linguistic Colonialism in the Sixteenth Century», in ed. F. Chiapelli, *First Images of America. The Impact of the New World on the Old*, vol. II, Berkeley (1976), pp. 561-580, esp. 572 ff.; cf. HEMMING [1], p. 128.

Atahualpa de que le devolvieran lo que le habían quitado, Valverde con aire protector replica:

Mira Atabalica que no manda Dios eso, sino que nos amemos a nosotros. Entonces le preguntó Atabalica quien es ese dios. El fraile le Dixo el que te hizo a ti y a todos nosotros, y Esto que te digo lo Dexó aquí escrito En este libro.

Entonces le pidió Atabalica el libro y el fraile se lo dio y como Atabalica vido El libro arrojolo por ay burlando del fraile (7).

Según Diego Trujillo, que también había estado en Cajamarca pero que no escribió sino hasta 1571, Valverde explicó que él estaba diciendo lo que Dios había dicho, todo lo cual estaba escrito en el libro (8), mientras Pedro Pizarro, hermano del conquistador-jefe, recordaba a Valverde leyendo en el libro, mientras estaba predicando (9).

Todas estas relaciones tienen en común un detalle importante. La autoridad y la verdad del mensaje que los invasores alegaban llevar a Atahualpa reside en el libro que portaba el predicador. Cieza de León, que no estuvo en Cajamarca, pero que obtuvo detallada información de los que estuvieron allí, encontró la relación poco satisfactoria. Valverde dio el libro a Atahualpa, Cieza está de acuerdo:

Atabalipa lo miró e remiró, hojeólo en alto sin saber lo que era — porque para que lo entendiera avianselo de dezir de otra manera (10).

Realmente Cieza no pudo encontrar en los sucesos de Cajamarca justa causa para la invasión y conquista del imperio inca, porque Atahualpa no estaba en posición de comprender el razonamiento bosquejado en el requerimiento y en la cédula de 1526, y concretado por Valverde; ni tampoco podía apreciar el sentido del libro. Además, como Cabello de Valboa señaló más tarde, Dios podría ser observado diariamente perdonando pecados muchos más graves que dejar caer al suelo un libro, queriéndolo o sin querer (11).

Pero el problema no terminó aquí. Francisco López de Gómara cuya *Historia de las Indias* se publicó en 1552, fue el primero que sugiere

(7) Juan Ruiz de Arce, *Relación de los servicios en Indias...* ed. Conde de Canilleros en *Boletín de la Academia de la Historia* 102 (1935), pp. 327-384, at p. 362 f.

(8) Diego TRUJILLO, *Relación del reyno del Perú*, edición Raúl Porras Barrenechea, Sevilla (1948), p. 58.

(9) Pedro PIZARRO, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*, edición de Guillermo Lohman Villena, Lima (1978), cap. 9, p. 37.

(10) Pedro CIEZA DE LEÓN, *Descubrimiento y conquista del Perú*, edición Francesa Cantú, Roma (1979), cap. 45.

(11) Miguel CABELLO VALBOA, *Miscelánea antártica*, Lima (1951), III, 32, p. 470.

que Atahualpa esperaba escuchar de alguna manera el libro de Valverde, para oírlo hablar. Gómara registró muchos detalles sobre los incas y el Perú —reales unos y fantásticos otros— que no se encuentran en ninguna otra parte. Esta mezcla de realidad y fantasía también caracteriza su interpretación de la historia de Atahualpa y el libro, la cual empieza con un detallado diálogo religioso. Después de haber expuesto las doctrinas de la Trinidad, del pecado y la salvación, y la teoría de la soberanía universal del Papa y del Emperador, Valverde invitó a Atahualpa a que se hiciese tributario de estos soberanos y abandonase sus ídolos y su falsa religión:

Respondió Atabaliba muy enojado que no quería tributar siendo libre... Y en cuanto a la religión, dijo que muy buena era la suya y que bien se hallaba con ella, y que no quería ni menos debía poner en disputa cosa tan antigua y aprobada; y que Cristo murio, y el sol y la luna nunca murian y que cómo sabía el fraile que su Dios de los cristianos criara el mundo? Fray Vicente respondió que lo decía aquel libro, y dióle su Breviario. Atabaliba lo abrió, miró, hojeó, y diciendo que a él no le decía nada aquello, lo arrojó en el suelo. Tomó el fraile su breviario, y fuese a Pizarro voceando: «Los evangelios en tierra: venganza, cristianos» (12).

Tres años después, en 1555, Agustín de Zárate, contador de las finanzas imperiales de Perú en 1543, publicó una versión más detallada de este hecho. A los razonamientos teológicos y políticos de Valverde, Atahualpa respondió con una contrarréplica andina detallada, que mencionaba no solamente al sol como creador, sino también a la madre Tierra, las buacas y Pachacamac «hacedor del mundo».

De lo de Castilla él no sabía nada ni lo había visto: y preguntó al Obispo que cómo sabría él ser verdad todo lo que había dicho, o por dónde se lo daría a entender. El Obispo dijo que en aquel libro estaba escrito que era escritura de Dios. Y Atabaliba le pidió el Breviario o Biblia que tenía en la mano: y como se lo dió, lo abrió, volviendo las hojas a un cabo y a otro, y dijo que aquel libro no le decía a él nada ni le hablaba palabra, y le arrojó en el campo (13).

Una generación después, el misionero y humanista Martín de Murúa volvió a tratar el tan discutido episodio. Murúa creía que los mitos

(12) FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia de las Indias*, cap. 113 (en Biblioteca de autores españoles, vol. XXII, p. 228).

(13) AGUSTÍN DE ZARATE, *Historia del Perú*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. XXVI, II,5, p. 176, repetido por Buenaventura de SALINAS y CORDOVA, *Memorial de las historias del nuevo mundo Perú*, Lima (1957), I, 7, p. 70. Valverde llegó a ser obispo de Cuzco, así que en el texto citado Zárate lo honró con el título por anticipación.

y oráculos andinos habían predicho el fin del imperio inca y el advenimiento de enviados sobrenaturales del Creador. También creía que Atahualpa había considerado a los españoles como estos enviados, y fue el primer historiador que mantuvo que por esta razón el Inca se había aproximado a los españoles desarmado. Lo que el Inca anticipó fue una revelación divina, no un acto de guerra. Valverde se adelantó acompañado por el intérprete Felipillo, llevando una cruz y un misal o breviario. Terminó su discurso sobre la fe cristiana y la soberanía del Papa y del Emperador —lo cual Murúa consideraba en gran parte fuera de lugar para la ocasión, puesto que ni podía, ni debía esperarse la conversión instantánea de Atahualpa —refiriéndose a su libro como autoridad:

Aviéndole dicho el padre Fr. Vicente Valverde a Atao Hualpa que la que le enseñaba lo decía aquel libro, y ello mirase y ojease para oyrsele, y no le pyese palabra, mohino y enfadado dello, y ver quan diferentes razones le proponian delo que el avia esperado y concebido en su entendimiento delos mensajeros que el pensaba ser del Hacedor y Viracocha... arrojó el libro en el suelo con desden (14).

2. VERSIONES INDÍGENAS EN GUAMAN POMA Y GARCILASO

Entre los muchos relatos en español sobre la captura del Inca, hay uno de un escritor andino, el noble e historiador Guaman Poma de Ayala, que escribió a principios del siglo XVII. Guaman Poma vio este episodio en forma muy diferente a los historiadores europeos, a algunos de los cuales había leído, ya que separó la reacción de Atahualpa ante el libro y el subsiguiente ataque de los españoles contra su persona en dos episodios distintos y cambió su orden. Así, el incidente en el que bajaron a Atahualpa de su litera, no ocurrió en Cajamarca sino en una ocasión anterior, cuando recibió a dos embajadores españoles (15). La caída del Inca de la litera, que en esta ocasión no tuvo más consecuencias, fue una mera señal para los españoles de que podía empezar la batalla.

Guaman Poma conceptualizó la guerra al momento de la conquista no como el conflicto total que había ocurrido realmente, sino como un despliegue militar de ciertas diferencias entre los españoles y la gente

(14) Martín DE MURÚA, *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas...*, edición Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid (1962), cap. 59.

(15) Guaman POMA DE AYALA, *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, edición de J. Murra y R. Adorno, México (1981) 383. Cf. Figura 2.

de los Andes que aún observaba en su propio tiempo. La violencia española y la labor misionera atacaron el orden político de los incas y su majestad. La primera fase de la guerra tuvo lugar en la plaza de Cajamarca como un solemne y elaborado ritual de la corte inca. Atahualpa con sus capitanes y nobles y con diez mil indios entró en la plaza, y en el centro de la misma subió a un trono (16).

Alrededor de él, los dignatarios de la corte. Los españoles entregaron su mensaje en dos partes. Primero Pizarro y Almagro, por medio del intérprete Felipe, explicaron que ellos habían venido para obtener la amistad del Inca al Emperador. Después, apareció Valverde,

llevando en la mano derecha una cruz y en la izquierda el bribario. Y le dize al dicho Atahualpa Ynga que tambien es embajador y menságre de otro señor, muy grande, amigo de Dios, y que fuese su amigo y que adorase la cruz y creyese el evangelio de Dios y que no adorase en nada, que todo lo demás era cosa de burla. Responde Atahualpa Ynga y dize que no tiene que adorar a nadie sino al sol, que nunca muere ni sus guacas y dioses, también tienen en su ley, aquello guardava. Y pregunto el dicho Ynga a fray Uisente quien se lo avia dicho. Responde fray Uisente que le avia dicho el evangelio, el libro. Y dixo Atahualpa: «Dámelo a mi el libro para que me lo diga.» Y así se la dio y lo tomo en las manos, comenzo a oxear las ojas del dicho libro. Y dize el dicho Ynga: «Que, como no me lo dize? Ni me habla a mi el dicho libro!» Hablando con grande magestad, asentado en su trono, y lo echo el dicho libro de las manos el dicho Ynga Atahualpa. Como fray Uisente dio boses y dixo: «Aquí, caualleros, con estos yndios gentiles son contra nuestra fe!» Cf. Figura 3 .

Los españoles atacaron, Atahualpa fue tomado prisionero y en la prisión «quedó... asentado en el suelo, quitado su trono y rreyno» (17).

La discusión religiosa sobre el sol inmortal y la ley del Inca deriva de Gómara o Zárate. Sin embargo, al mismo tiempo, esta discusión se presentaba regularmente en discursos misioneros, con los que Guaman Poma, que había trabajado como traductor en campañas para extirpar la religión andina y que conocía a Martín de Murúa, estaba muy fami-

(16) Guaman Poma [15] 385 [387]; esta reunión anterior entre Atahualpa y los españoles está también documentada en fuentes españolas, pero parece haber sido más importante a los ojos andinos: ver «Instrucción del Inga... Titu Cussi Yupanqui»... en *Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú*, vol. II, Lima (1916), p. 9.

(17) Guaman Poma [15] 384 [386]; otro texto andino, la *Tragedia del fin de Atahualpa*, edición Jesús Lara, Cochabamba (1957), p. 98, el cual probablemente tiene antecedentes del siglo XVI o XVIII, describe en detalle cómo los incas trataron en vano de descifrar y escuchar una carta que les mandó Pizarro.

liarizado (18). Por eso, uno de los temas centrales de su *Coronica* es la sumisión de los andinos a las instituciones coloniales, tanto seculares como eclesiásticas. La sumisión se ritualizaba en la colonia en una variedad de muestras públicas: los andinos se arrodillaban ante figuras españolas de autoridad o eran castigados, andaban en procesiones ordenadas jerárquicamente y tomaban parte en exhibiciones teatrales detalladas que representaban el orden social establecido. Los dibujos que acompañan el texto de Guaman Poma representan muchos de estos casos (19). En varios de éstos, una autoridad española lleva un libro con la inscripción «obediencia» (20). Porque el libro, el texto escrito inalterable y el texto citable daban peso a las demandas para la dominación española y cristiana. Así el hecho de la confrontación de Atahualpa con el libro de Valverde fue sólo la primera vez en que muchos andinos fueron sometidos por la autoridad escrita. En el largo trabajo de Guaman Poma solamente una vez se invierte explícitamente esta norma. Cuando en una sección titulada «El capítulo de la pregunta... pregunta su Majestad, responde el autor», Guaman Poma arrodillado ante Felipe III y manteniendo su libro abierto, levanta la mano derecha en señal de discurso e instrucción (21). Aquí tenemos una jerarquía ordenada, en la que el rey coronado sostiene un cetro y conversa con el autor, quien por su libro ha establecido meticulosamente no sólo la autenticidad de su conocimiento sino también su autoridad para hablar y escribir.

Según Guaman Poma, este orden jerárquico, la autoridad de conocimiento y la autoridad con la que debe transmitirse el conocimiento estaban ausentes cuando los españoles se enfrentaron al Inca en Cajamarca. Valverde, aunque concretamente lleva su libro, no puede hablar al Inca, y el intérprete Felipe, con un anillo que le atraviesa la nariz y un pequeño sombrero gallardamente mantenido en la cabeza, levanta equivocadamente la mano izquierda en señal de ir a hablar. De esta forma, el Inca se encuentra frente a la ausencia de un discurso ordenado apropiadamente y frente a un libro que no habla.

(18) Ver R. ADORNO, *Guaman Poma. Writing and Resistance in Colonial Peru*, Austin (1986), p. 86 f. con n. 8; Guaman Poma tenía una pobre opinión de Martín de Murua, ver Guaman Poma [15] 611 [625]; 647 [661] ss.; 906 [920].

(19) E. G. Guaman Poma [15] 551 [565]; 554 [568]; 609 [623]; 613 [627]; 619 [633]; 677 [691].

(20) Guaman Poma [15] 478 [482]; 482 [486]. Para la frecuencia de libros y escritos en el discurso político europeo y en el ejercicio de autoridad ver R. STARN, «The Republican Regime of the "Room of Peace" in Siena, 1338-40», *Representations* 18 (1987), 1-32 en 9 ss. Cf. Figura 4.

(21) Guaman Poma [15] 961 [972] con Adorno (arriba n. 18), fundamental para los métodos de Guaman Poma de establecer su autoridad moral e historiográfica. Cf. Figura 5.

Los historiadores españoles consideraron el gesto del Inca escuchando el libro como un gesto de ignorancia, que sólo podía hacer una persona que fuera incapaz de leer. Para tal persona, un libro no podía tener autoridad por no tener nada que comunicar. Según Guaman Poma, por otra parte, el silencio del libro no era producto de la ignorancia del Inca sino falta de los españoles de no comunicarse en la forma apropiada.

Garcilaso de la Vega, otro historiador que escribió según el punto de vista andino, llega a la misma conclusión aunque es diferente su razonamiento. Garcilaso reconoce que el suceso de Atahualpa y el libro, tal como se recoge en las historias publicadas del siglo XVI, contiene aspectos simbólicos importantes sin resolver, por lo cual volvió a escribir sobre nuestro episodio como una ilustración de su teoría total sobre la naturaleza del contacto y conflicto entre incas y españoles. Los sucesos de Cajamarca, afirma Garcilaso, fueron contados bajo el punto de vista de Pizarro y de sus inmediatos seguidores, para confirmar su exigencia de gobernar el Perú y para reivindicar su reputación contra el cargo de una agresión ilegal. Los historiadores habían creado un doble falso testimonio, diciendo que el Inca había tomado el libro, había tratado de escucharlo y lo había tirado, y que entonces Valverde había llamado a los soldados para que le atacasen. Estos detalles eran fábulas, no historia (22). Tales fábulas, según Garcilaso, entran frecuentemente en narraciones históricas, cuando no se conocen los hechos verdaderos o cuando el interés particular se sobrepone a la verdad objetiva. Por eso él se esforzó en suministrar hechos verdaderos y en eliminar de la discusión las aseveraciones de interés privado. Los hechos verdaderos aparecieron en las relaciones de otros conquistadores, en los quipus incas de Cajamarca y en el discurso de Valverde, cuyo texto auténtico pensó Garcilaso que lo había encontrado entre los papeles del jesuita Blas Valera.

De acuerdo con estas fuentes, Atahualpa y Valverde habían entrado en una amplia discusión sobre el cristianismo y las exigencias de soberanía españolas, que fue interrumpida por las impacencias de los españoles que profanaron una imagen religiosa inca y que empezaron a golpear a servidores de Atahualpa. Como resultado de todo esto, Valverde, que estaba sentado en una silla frente al Inca, saltó y en su confusión se le cayeron al suelo el libro y la cruz. Recogió ambos objetos y en vano imploró a los españoles que desistieran de luchar (23).

Así, Garcilaso desecha los frutos de unos ochenta años de esfuerzo

(22) Inca Garcilaso DE LA VEGA, *Historia general del Perú*, Biblioteca de Autores Españoles (BAE), n.º 134, libro I, cap. 25, p. 52. Madrid (1965).

(23) *Idem*, *ibídem*, I, 25.

historiográfico para explicar y justificar los sucesos de Cajamarca y encontrar en ellos un significado más profundo. Ese significado, pensó, había que buscarlo por diferentes caminos. En primer lugar el encuentro entre el Inca y Valverde había estado rodeado de dificultades lingüísticas. Por ejemplo, el quechua no tiene un término satisfactorio para la Trinidad cristiana, Dios trino y uno; este término, según Garcilaso, fue traducido erróneamente como tres más uno. ¿Quiénes eran estos cuatro dioses, a los que quizá había que añadir el emperador como quinto? preguntó Atahualpa (24). Para explicar la perplejidad del Inca, Garcilaso recuerda a sus lectores el catecismo en quechua, aymará y español que Antonio Ricardo publicó en Lima en 1585, pues en él dejaron sin traducirse todos los términos teológicos y la mayor parte de los éticos. Y también recordaba su propia experiencia como muchacho que iba a la escuela en Cuzco, diecinueve años después de la conquista, cuando los andinos se mostraban profundamente reacios a aprender o a hablar español (25).

En segundo lugar, el discurso de Valverde contenía numerosos términos abstractos que presentaban sus propias dificultades a los andinos. Este asunto había preocupado a los historiadores de Indias, que habían notado que los indios, tanto mexicanos como peruanos, poseían extraordinarias habilidades prácticas, pero pocas teóricas o especulativas. Garcilaso pensaba que en medicina y astronomía prácticas, los incas podían equipararse fácilmente a los españoles y europeos. Pero no era así cuando se trataba de explicar cómo funcionan los humores en el cuerpo humano, o cómo funcionan en el universo las causas primarias invisibles y las secundarias visibles (26). Aquí, los incas realmente habían vislumbrado la existencia de un creador invisible y causa primaria, pero su conocimiento había permanecido muy intuitivo. Por eso reverenciaban en sus corazones al invisible «creador del mundo» Pachacamac, y dedicaban un culto totalmente articulado al sol como deidad, causa visible y origen (27).

Así, cuando Atahualpa preguntó a Valverde sobre la naturaleza del Dios cristiano, preguntó precisamente sobre el conocimiento que según Garcilaso faltaba a los incas. La razón natural, facultad de todo ser humano, pudo llevar al Inca al postulado de la existencia de entidades inmateriales y abstractas de las que nunca se había tratado en los Andes. Más aún, el conocimiento cristiano era específicamente con-

(24) Idem, *ibídem*, I, 22; 24.

(25) Idem, *ibídem*, I, 23.

(26) Inca Garcilaso DE LA VEGA, *Comentarios reales de los Incas*, Biblioteca de Autores Españoles n.º 133, II, 21 ss.

(27) Idem, *ibídem*, II, 2.

secuencia no de la razón natural sino de la revelación, y así había que enseñarlo. El Atahualpa de Garcilaso estaba preparado para informarse, y anteriores especulaciones con relación a la naturaleza de Dios y causas científicas le habían preparado para entender el mensaje cristiano.

Pero la historia no acabó aquí. ¿Qué clase de maestros eran los invasores españoles? Garcilaso empezó su relato de la confrontación de Cajamarca con algunas observaciones sobre el estilo del discurso de Valverde. Garcilaso atribuye habitualmente declaraciones de especial peso a autores o autoridades, en vez de a sí mismo. Así escribe aquí:

Habiendo dicho la oración [de Fr. Vicente Valverde], hace el P. Blas Valera algunas consideraciones convenientes a la historia y dice... que Juan de Oliva y Cristóbal de Medina, sacerdotes, grandes predicadores y muy sabios en la lengua de los indios, y Juan de Montalvo, sacerdote y gran intérprete, y Falconio Aragonés, doctor de ambos derechos, en el libro que escribió, *De libertate Indorum servanda*, y fray Marcos de Jofre, franciscano, y otros muchos varones que dejaron libros escritos... concuerdan que [la oración de fray Vicente] fue muy seca y áspera, sin ningún jugo de blandura, ni otro gusto alguno (28).

Garcilaso comentó repetidamente sobre la elegancia y la gracia de la lengua quechua y sus muchos recursos para lograr una expresión elegante y cortés (29) Valverde, sin embargo, no tuvo ninguna atención de refinamiento hacia el real personaje que le escuchaba: la mala interpretación de su discurso lo hizo menos atractivo aún. Además Valverde, que no entendía nada sobre la mecánica de la traducción, pronunció su discurso de forma corrida, dejando al traductor que dijera lo que pudiera recordar. Por el contrario, el Inca habló en su respuesta frase a frase, asegurándose así que habría un mínimo de exactitud en la versión traducida (30).

Guaman Poma y Garcilaso confrontan el episodio de Atahualpa y el libro escribiendo desde muy diferentes puntos de vista y desde polos opuestos del mundo hispánico, uno en el Perú y el otro en Andalucía. En sus diferentes formas, ambos ven este episodio como un ejemplo de falta de comunicación. Para explicar la naturaleza de esta falta de comunicación, Guaman Poma describe el libro como un objeto má-

(28) Inca Garcilaso [22], I, 23.

(29) Inca Garcilaso [26], VII, 4.

(30) Inca Garcilaso [22], I, 25. Anello OLIVA, *Historia del reino y provincias del Perú*. Lima (1895, obra acabada en o antes de 1630) I, 3, 3 p. 97 ss., acepta la versión de Garcilaso con la observación de que el relato de Garcilaso «salva al religioso y al Rey Atahualpa».

gico que no funcionó ante los ojos del Inca, mientras Garcilaso rechaza de la discusión no sólo el libro que habla sino el libro como fuente de indiscutible autoridad. Según Garcilaso, Valverde fue presentado al Inca por un noble andino como un «guía de la palabra» (31). Lo que falló en Cajamarca fue, no la palabra escrita sino la hablada.

3. EL LIBRO COMO OBJETO Y COMO SUJETO

Sin embargo, el libro está presente en cada uno de los recuentos de la confrontación de Cajamarca por razones tanto explícitas como implícitas. Pero esas razones cambiaron.

En la mentalidad de los soldados que estuvieron en Cajamarca y que escribieron las primeras versiones de nuestra historia, el libro era un objeto sagrado manejado por clérigos y que los laicos lo más que podían hacer era besarlo reverentemente. En las iglesias, los fieles veían imágenes de evangelistas y predicadores mostrando libros sagrados en las manos, cuyo contenido describían y ello mantenía en pie el viejo edificio de la sociedad cristiana (32). Algunas veces se representaba al mismo Cristo con el libro de la vida (33). Para los iletrados, tales libros eran objeto de reverencia más que de razonamiento, no digamos de debate. Realmente el libro de Valverde, biblia o breviario, estaba escrito en latín y no podían leerlo Pizarro ni sus hombres. ¿Cómo podía entonces esperarse que lo leyera el Inca? Para el Inca, el libro tuvo que ser un objeto, no un texto, y menos un lugar de acceso a la palabra hablada.

Sin embargo, la reflexión sobre el asunto no acabó aquí. Con mucha razón Francisco López de Gómara, el primer historiador que escribió un relato de valor literario y bien informado sobre la conquista del Perú, insinuó que Atahualpa trató de escuchar el libro, y Zárate, otro hombre de la palabra escrita, recogió la sugerencia. Para ambos, leer y escribir eran actividades naturales y por eso reflexionaban so-

(31) Garcilaso [22], I, 22.

(32) Entre los numerosos ejemplos que pueden presentarse de santos con libros se encuentran las obras de Rodrigo de Osona, Consagración de S. Narciso y S. Vicente Ferrer, ambos en la catedral de Valencia; Maestro de Sevilla en Los Santos Antonio y Cristóbal, del Museo Provincial, Sevilla; en el conocido cuadro anónimo *La Virgen de los Reyes Católicos*, Museo del Prado, donde Santo Domingo y Santo Tomás de Aquino, al lado del trono de la Virgen, tienen libros.

(33) Es un tema del románico repetido con gran frecuencia, por ejemplo en el fresco del techo de la Colegiata de San Isidro, León. Para la época aquí tratada, el mejor ejemplo es el cuadro de Jerónimo Bosch *La entrada en el paraíso*, parte de sus Siete pecados capitales, Museo del Prado, Madrid.

bre la conciencia de aquéllos para quienes no lo era. ¿Podría el texto escrito, que una persona con letras lee en un libro, ser concebido como un objeto hablante para una persona iletrada de afuera?, o poniéndolo de una manera más gráfica, ¿podrían hablar los libros?

El *Libro de buen amor*, del Arcipreste de Hita, sugiere que esto puede ser realmente posible, pues el libro habla en su propia voz, no en la voz del autor, cuando informa al lector que encontrará en sus páginas exactamente lo que pueda apreciar, ni más ni menos (34). Efectivamente, ciertos autores se despedían de sus libros cuando abandonaban el mundo. Algunas veces, realmente, el libro contestaba y hablaba al lector o al autor. Horacio, poeta admirado en la España del siglo XVI, registra la siguiente conversación: «Anhelas ser vendido... elogias la publicación... bien, adelante ya que insistes. Una vez que te vayas, no puedes regresar», había dicho el poeta con rencor, al libro que contenía sus *Epístolas*. Más tarde, el libro se arrepentiría de su imprudente ansia de fama: «¿Qué hice? ¡pobre de mí! ¿qué quería?», dirá, cuando es demasiado tarde para volver a la vida tranquila del estudio del poeta (35). Pedro Apiano aludió a este pasaje cuando compuso los versos introductorios a su *Astronomicum Caesareum* que publicó en Ingolstadt en 1540. Una dedicatoria en prosa a Carlos V es seguida por versos al Emperador y a su hermano Fernando, además de otros versos al autor y al libro. Finalmente «el libro habla», *liber loquitur*:

¿Qué haré? En poco tiempo me van a echar a la multitud; sin embargo prefiero esconderme en la seguridad de la casa... y no llegar a ser una conocida historia en el mundo.

Sin embargo, al final, el libro se consuela a sí mismo disfrutando de la protección del Emperador, como recompensa por haber estado expuesto al voluble veredicto del vulgo.

El libro hablante era una fantasía literaria que se esperaba apreciar y disfrutasen los intelectuales. Sin embargo, esta fantasía no dejaba de tener una base concreta en la realidad, en que gente iletrada era propensa a ver la página escrita con temor supersticioso como dotada con habla, incluso poblada de espíritus. Una persona así fue el ama de Don Quijote, quien expresaba preocupación de que no fuera a permanecer en el estudio del caballero «algún encantador de los muchos que tienen estos libros y nos encanten» (36). En las Antillas se observó

(34) Juan Ruiz Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, edición J. J. J. J. J., vol. 1, Madrid (1974), p. 35 (Disputación que los griegos e los romanos en uno ovieron, 1, 70-73).

(35) Horacio, *Epístolas*, I, 20.

(36) Cervantes, *Quijote*, I, 6.

un fenómeno similar. Los indios sirvientes, que transportaban cartas de sus amos españoles, colocaban los papeles a una distancia segura en el extremo de un palo porque estaban convencidos de que «tenían algún espíritu e hablaban, como otro hombre por alguna deidad, é no por arte humana» (37). Un siglo después, Guaman Poma todavía representa a un chasqui y a un mensajero colonial llevando cartas con un palo. Cf. Figura 6. También recuerda las primeras impresiones de sus compatriotas sobre los españoles; los andinos habían notado que los españoles, además de comer oro y plata, «de día y de noche hablaban cada uno con sus papeles» y nunca dormían (38). El libro hablante de Atahualpa se hace uno con los libros hablantes de creación literaria y especialmente de experiencia etnográfica. Podría servir como explicación inteligible y concreta sobre el comportamiento del Inca, y de ese modo, de cierta justificación del ataque de Pizarro. Sin embargo, esta explicación sólo parcialmente satisfizo a Guaman Poma, y de ningún modo a Garcilaso.

El relato de Atahualpa y el libro, tal como lo cuentan los historiadores que Garcilaso leyó, era una narración de incompreensión, ira y agresión por parte del Inca. Además compendia una jerarquía cultural en la que los andinos se consideran inferiores a los españoles. Garcilaso rechazó estas interpretaciones del carácter inca. La disposición de Atahualpa para aprender el mensaje cristiano, basada como estaba en los logros culturales e intelectuales de su pueblo, puso en duda la jerarquía cultural. Pero había otro asunto más sutil que quedaba comprometido, la virtud interior del alma de una persona. Cuando según los primeros historiadores, Atahualpa había respondido con enfado y orgullo a la exigencia de Valverde de que se convirtiese y de que se sometiese, el Atahualpa de Garcilaso

se entristeció, imaginando que aquellos a quien el y sus indios llamaban Viracochas, creyendo que eran dioses, se le convertían y hacían enemigos mortales, pidiéndole cosas tan asperas, dió un gemido con esta voz: «Atac!», que quiere dezir, «ay dolor», y con esta interjección dió a entender la gran pena que había sentido (39).

Pero entonces dominó sus emociones, y contestó con una declaración cuidadosamente razonada y matizada digna de un príncipe bien educado. No había, por lo tanto, razones para explotar la confronta-

(37) Fernández de Oviedo [4] I, 2, 6, y Gómara [12], cap. 34.

(38) Guaman Poma [15] 202 [204] con 811 [825] sobre llevar cartas; 381 [382] sobre hablar con papeles. El Inca Titu Cusi notó también que los españoles parecían conversar con papeles, ver «Instrucción del Inga... Titu Cussi Yupangui» [16], p. 8.

(39) Inca Garcilaso [22], I, 24.

ción de Cajamarca como causa o justificación para la conquista. Entonces, ¿por qué hubo conquista? Garcilaso, aunque no lo declara, da a entender que si los españoles hubieran podido y querido enseñar en Cajamarca, los incas hubieran aprendido. Se hubiera evitado, entonces y en muchas otras ocasiones, el conflicto. La historia de España y del Perú habría sido una historia de coexistencia pacífica, como soñaba Las Casas. Sin embargo, mantener tal idea era pasar por alto el papel del azar en la historia, azar que no fue fruto de acciones humanas específicas, sino de cierto impulso negativo en sucesos a los que Garcilaso atribuye algunas veces carácter demoníaco, pero que normalmente deja sin explicar. Esas faltas de comunicación entre andinos y europeos, de las cuales la confrontación de Cajamarca fue solamente la primera, fueron producto de este tipo de azar, que no aparece por designio sino fortuitamente. Relacionar la causa o justificación de la conquista del Perú a un hecho tan específico, tal como dejar el Inca caer un libro o su falta de respeto hacia él, fue una equivocación totalmente derivada de este falso relato.

Por el contrario, Guaman Poma aceptó la historia del libro que no habló. Este libro era un objeto de poder religioso y político porque, desde el punto de vista andino, las enseñanzas católicas que contenía habían ayudado a destruir el estado inca. Y desde el punto de vista de los invasores, como Guaman Poma podía observar diariamente, la enseñanza católica mantenía y confirmaba el orden colonial. Más todavía, en términos amplios, la palabra escrita de pleitos y visitas gubernamentales era un instrumento frecuentemente empleado para despojar a los andinos de sus derechos tradicionales y de su propiedad personal y terrena. Aunque en el tiempo de Guaman Poma algunos andinos habían aprendido a usar los recursos disponibles por el conocimiento del lenguaje procesal en interés propio, Guaman Poma presenta frecuentemente a andinos como víctimas de documentos judiciales y administrativos, de la misma forma que Atahualpa había sido víctima de negarse un libro a declarar.

Pero era necesario algo más que tal razón práctica para entender el papel del libro en la catástrofe de Cajamarca. Por esto, corrigiendo los pasos de los primeros historiadores europeos, Garcilaso consideró el impacto del azar en los asuntos humanos, y así eliminó la importancia del libro totalmente. Por otra parte, Guaman Poma aceptó la mayor parte de la historia tradicional, pero volvió a los métodos de explicación andinos. Así separó el fracaso militar del eclipse ritual y religioso del Inca. Primeramente, antes del encuentro de Cajamarca, dos españoles a caballo echaron al Inca de su litera (Cf. Figura 2); Guaman Poma representa aquí la litera de tiempo de paz del Inca (Cf. Figura 7), que iba cubierta por un techo de hojas para dar sombra al ocupante

que iba sentado, en tanto que la litera de guerra no tenía techo, para permitir al ocupante estar levantado mientras esgrimía sus armas (40). Desde esta litera de tiempo de paz, el Inca se defiende en vano con una lanza española, no con una de sus propias armas victoriosas. Así es que en la obra quechua del siglo XVII la *Tragedia de la muerte de Atahualpa*, el Inca entrega ceremoniosamente sus armas imperiales a sus seguidores antes de ser capturado por los españoles (41). El Inca se somete a los poderes misteriosos y mágicos de los extranjeros, cuyo arribo había sido profetizado hacía mucho tiempo y era creído por los incas del temprano período colonial. La caída del Inca se completó en Cajamarca, donde entronizado en un *ushnu*, se enfrentó a Pizarro y Valverde. El *ushnu*, que también existía en Cusco, Vilcashuaman y otras capitales de provincia, era trono, punto de observación para información astronómica y abertura hacia el interior de la tierra, todo en uno. Se usaba en rituales religiosos que se llevaban a cabo durante el año agrícola que va de agosto a abril, y quedaba como durmiente durante el resto de los meses secos del año, cuando la tierra era estéril (42). Entronizado en el *ushnu*, Atahualpa recibió el libro silencioso de Valverde. Con la captura del Inca, el trono *ushnu* perdió su significación religiosa y política, porque los andinos habían entrado en un período de esterilidad, un «mundo revés» como lo expresó Huaman Poma, el cual, a diferencia de los meses estériles del año, no tenía un punto fijo para terminarse.

De acuerdo con un mito andino del cual hay muchas versiones, el Inca en el momento de la conquista entró en el interior de la tierra o de una montaña, de donde volverá en un futuro incierto (43). Puesto que el *ushnu* daba acceso al interior de la tierra, puede concluirse que la caída de Atahualpa del *ushnu* indica su desaparición dentro de la tierra.

El libro de Valverde, se esperaba o no que hablara, era un objeto europeo inexistente en los Andes prehispánicos. Por esta razón Juan de Santacruz Pachacut Yamqui, historiador andino y contemporáneo de Guaman Poma, relató el episodio de Cajamarca sin referirse a este

(40) Guaman Poma [15] 331 [332]; 333 [335]; 382 [384]. Cf. Figura 8.

(41) *Tragedia del fin de Atawallpa* [17], p. 66 ss.; 150 ss.; cf. 148.

(42) T. ZUIDEMA «El ushnu», *Revista de la Universidad Complutense*, XXVIII (Madrid 1979, volumen titulado *Economía y sociedad en los Andes y Mesoamérica*), p. 317-362; por el principio del período fértil del año en agosto, ver C. J. ALLEN, «Body and Soul in Quechua Thought», *Journal of Latin America Lore* 8 (1982), 179-196.

(43) Mito de Inkarrí, esta versión de acuerdo con una comunicación presonal de Christophyer Wallis, quien coleccionó el mito en Chumbivilcas, 1977. Versiones parecidas coleccionadas por J. M. Arguedas en Juan M. Ossio, *Ideología mesiánica del mundo andino*, Lima (1973), 379 ss.

libro (44). Por otra parte, Guaman Poma conocía la historiografía española, la cual integró a un marco andino. Imaginando la recepción del libro por el Inca mientras estaba entronizado en su *ushnu*, resalta el papel destructivo del libro y a la vez presenta la destrucción en términos inteligibles para los andinos. Incluso Juan de Santacruz no estuvo totalmente exento de la influencia del libro, pues aparece en su relato del noveno Inca Pachacuti, a quien los andinos atribuyen la mayoría de las leyes e instituciones del imperio inca. Cuando este Inca ya era viejo:

llega la nueva que como un nabio abia andado en la otra mar de hazia los Andes, y entonces, al cabo de un año, llega un mancebo en la plaza con un libro grande y dale al Ynga viejo Pachacuti, el qual no haze casso del mancebo, y al libro les da para que la tubiesse el criado; y por el mancebo pide el libro del criado y sale derecho de la plaza y en passando la esquina desaparese, aunque despues el Pachacutiyn-gayupangui le manda buscar quien era, y no sabe quien fue; desque el ynga haze ayuno de seie meces en Hococachi, sin saber (45).

Los intérpretes españoles y andinos de los sucesos de Cajamarca trabajaron básicamente con los mismos elementos. Pero lo que había que explicar era diferente para los andinos y para los españoles. Las primeras versiones de nuestro episodio muestran un deseo de cómo justificar el ataque de Pizarro sobre el Inca, deseo del cual obviamente no participaban los andinos. Cuando la conquista del Perú viene a ser un hecho cumplido, este deseo retrocede al trasfondo. Los españoles, observando y estudiando la cultura andina, se dieron cuenta de que ahora necesitaban más que antes explicarse cómo un pueblo que carecía de escritura y libros en el sentido europeo —los quipus fueron considerados equivalentes a la escritura sólo parcialmente— entendieron la palabra escrita al primer contacto. Por otra parte, para los andinos del principio de la colonia, el problema era diferente. Muchos de ellos eran letrados en quechua y en español, pero para ellos no les servía mucho (46). Por esto, la incomprensión del Inca Atahualpa ante el libro que tenía en sus manos pudo llegar a ser un modelo para la posición de

(44) Juan de Santacruz Pachacuti Yamqui, *Antigüedades deste reyno del Perú*, en Biblioteca de Autores Españoles n.º 209, (*Crónicas peruanas de interés indígena*), p. 318.

(45) SANTACRUZ [44], p. 300. El lugar Hococachi donde el Inca fue a ayunar, es también mencionado como un lugar de ayuno y retiro en la vida del Inca Mayta Capaz, véase p. 291, donde el lugar se escribe Ttococachi. Véase además J. H. ROWE, «An account of the shrines of ancient Cuzco», *Nawpa Pacha* 17 (1979), Ch-1:1 y Ch-2:3, pp. 15 y 17.

(46) Sobre indios ladinos véase Guaman Poma 493 [497].

la gente andina en la sociedad colonial. Por esto es por lo que para los andinos, el libro se quedó mudo o desapareció.

Las versiones posteriores de nuestro relato han viajado a larga distancia desde su origen en Cajamarca en 1532. Sin embargo los cambios que hemos visto no demuestran que las primeras versiones sean más verdaderas que las posteriores. Más bien, las diferentes descripciones de aquel momento de violencia y confusión demuestran que un suceso histórico en sí mismo, y los medios o razones por los cuales se presenta en forma inteligible, no son necesariamente la misma cosa.



Fig. 1



Fig. 2

Dos interpretaciones del encuentro entre españoles y Atahualpa. En el primer caso el dominico Vicente Valverde ha entregado los evangelios al inca (portada de La conquista del Perú, Sevilla 1534), en el segundo Hernando Pizarro y Sebastián Benalcázar se allegan a Atahualpa, según Huaman Poma.



Fig. 3



Fig. 4



Fig. 5



Fig. 6

Cuatro representaciones de Guaman Poma.—Fig. 3. Atahualpa en el «ushnu, silla del Inca», en Cajamarca. Pizarro, Valverde y «Felipe, yndio lengua». Fig. 4. El rector de la Compañía de Jesús recibe la «obediencia» de dos subordinados; Fig. 5. Huaman Poma ofrece su obra a Felipe III; Fig. 6. El chasqui (correo en tiempos incaicos) sigue sus mismas funciones durante la Colonia.

331



Fig. 7

332



Fig. 8

Las literas del inca, según Guaman Poma.

Fig. 7. Litera de tiempo de paz, con techumbre y adornos.

Fig. 8. Litera descubierta, de tiempos de guerra.